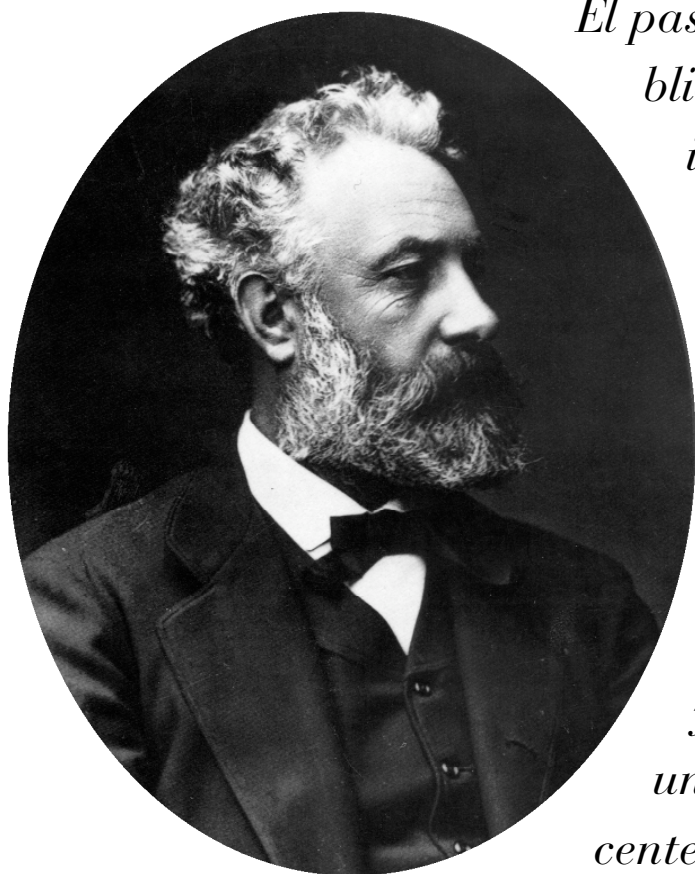


El México de Julio Verne

Vicente Quirarte



El pasado 17 de marzo tuvo lugar, en la Biblioteca Nacional, una mesa redonda y la inauguración de una exposición, ambas amparadas bajo el título Julio Verne, viajero virtual en México. En el centenario de su viaje más largo. Los dos textos que se reproducen en las siguientes páginas fueron leídos en esa ocasión, donde también participaron Leslie Alger, José Iturriaga de la Fuente y Pedro Sunyers Martín. Con la visita a una librería especializada en París, Vicente Quirarte dará inicio a un texto luminoso y Lilia Vieyra Sánchez se vale de infatigables recorridos por la Biblioteca Nacional para acercarnos a las ediciones que allí se guardan del genial escritor francés.

La primera vez que tuve conocimiento de la novela de Julio Verne *Un drame au Mexique* fue gracias a las pasiones de mi amigo Frédéric-Yves Jeannet. Nacido en Francia como Verne —aquél en Grenoble, éste en Nantes—, Frédéric ejerció desde muy joven el oficio de explorador del mundo, cristalizado desde su primer libro, *Lejos de ninguna parte*, hasta el

más reciente, *Reencontre terrestre*, suma de sus conversaciones con Hélène Cixous en Arcachon, Roosevelt Island, París, Montsouris, Manhattan y Cuernavaca. Como Phileas Fogg, la pasión viajera lo condujo a encontrarse con la mujer de su vida en México, y de manera más precisa, en Cuernavaca. A esa ciudad dirigió sus miras desde que devoró las páginas de

Under the Volcano, la obra maestra donde Malcolm Lowry transforma a la antigua Cuanáhuac en obligado sitio de peregrinación para los devotos de la geografía literaria. A través de las páginas de Lowry, Frédéric hizo su primer viaje —virtual— a Cuernavaca. Exploró sus cañadas, su magia, sus cantinas que son, simbólica y concretamente, el umbral del paraíso y del infierno. Y fue en Cuernavaca, en la casa distante que allí han construido los Jeannet-Arte, donde tuve la fortuna de leer *Un drame au Mexique* de Verne en la reproducción facsimilar que los siempre sabios franceses han hecho de los *Voyages Extraordinaires* editados por Jules Hetzel, en los cuales se reproducen además las encuadernaciones originales, con sus flamantes rojos y dorados y sus ilustraciones en relieve. Me sorprendió como a muchos que Verne hubiera situado su narración en México, sin haber estado nunca en nuestro país, del mismo modo en que nos alucinaba encontrar aquellas líneas de otro devoto lector de Verne, Arthur Rimbaud, en su poema “*Enfance*”, perteneciente a las *Illuminations*: “Este ídolo, ojos negros y crin amarilla, sin padres ni corte, más noble que la fábula, mexicano y flamenco”.

Ante la cercanía del cumpleaños número cuarenta de Frédéric-Yves Jeannet, se me ocurrió la obsesiva idea de regalarle una primera edición —en francés— de *Autour du monde en quatre-vingt jours*. Tal decisión fue la llave que me permitió entrar con desplante y confianza a un paraíso que siempre había admirado con veneración y sólo desde el exterior: una maravillosa librería llamada Monte Gisto, en el corazón del Barrio Latino. Vende exclusivamente primeras ediciones de libros de aventuras —qué libro no tiene ese complemento adnominal— de Emilio Salgari, Alexandre Dumas y por supuesto, Julio Verne. En el aparador lucen los volúmenes como si apenas hubieran sido impresos y encuadernados, acompañados por juguetes de la época: el *Nautilus* del capitán Nemo, el globo de Phileas Fogg, el velero del tigre de la Malasia. La librería es atendida por dos caballeros, jóvenes y flemáticos, justamente orgullosos de su oficio. Cuando pedí el libro que necesitaba, me atendieron con desapegada amabilidad. Sin embargo, me explicaron el misterioso motivo por el cual una encuadernación en cartóné cuesta casi el doble que la encuadernada en tela. Sólo tenían *La vuelta al mundo...* en la segunda presentación, que igualmente era un regalo digno y accesible. Mientras me envolvían el tesoro, les pregunté como al paso si tenían por casualidad *Drame au Mexique*. Desde la cima de su autoridad me respondieron que esa novela, naturalmente, jamás la había escrito Verne; que si no me refería, acaso, a *Un drama en los aires*, título original de



Grabado tomado de *Un drama en México*

Cinco semanas en globo, que se convertiría, en 1863, en el primero de los viajes extraordinarios. Les dije que no podía equivocarme, pues la había leído en la edición facsimilar de Hetzel. Procedieron a buscar en los catálogos más autorizados. No la encontraban, y a punto de abandonar una búsqueda bibliográfica que para ellos ya se había convertido en cuestión de honor, les dije que no importaba, que me satisfacía haber contribuido mínimamente a ensanchar su horizonte y que me daba gusto que Verne hubiera dedicado su primera novela a un asunto histórico mexicano, aunque fuera de modo lateral. Por fin, se iluminó el rostro de uno de los caballeros al encontrar la ficha. Yo les había dado el dato incompleto, pues la novela se llama, naturalmente, no *Drame au Mexique* sino *Un drame au Mexique*.

Ahora, gracias a Leslie Alger, podemos leer en español el texto original de esa narración, publicada en la revista *Musée des familles. Lectures du soir*, bajo el título *L'Amérique du Sud. Études Historiques. Les premiers navires de la marine mexicaine*, publicado por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes en la colección Sello Bermejo. La acción tiene lugar en octubre de 1825. La anécdota es el camino que de Acapulco a la capital intentan hacer unos marineros españoles para ofrecer en venta los buques *Asia* y *Constancia* al gobierno de Guadalupe Victoria, primer presidente de la joven

¿Eligió Verne la palabra Rosario por su eufonía o por el conocimiento que pudo tener de esa población a través de sus lecturas?

República Mexicana. La publicación está acompañada por tres grabados que representan tipos y paisajes mexicanos que, gracias al trabajo de los aventureros artistas, ocupaban las páginas y la imaginación de lectores y viajeros virtuales de ese tiempo. Además de estar situada en nuestro país e incluir desde el título su nombre, fue propiamente la primera novela publicada por Verne. El circuito de ese viaje nunca realizado pero siempre soñado y, por lo tanto, consumado, se cierra cuando la propia Leslie Alger nos informa que en 1910 apareció, como una de las obras póstumas de Verne, otra breve novela situada en México, titulada *El eterno Adán*. Una traducción a nuestro idioma, obra de Eduardo Stilman, fue publicada, en forma de digna separata, en la revista *El Bibliotecario*, de marzo de este año, dedicada a Verne.

Este segundo texto es una narración dentro de otra narración. Un hombre del futuro, el zartog Sofr-Aï.Sr, vive en el Imperio de Los Siete Mares, en un momento cuando el mundo está convertido en una aldea global y ha alcanzado un alto grado de civilización y civilidad. Un día encuentra un manuscrito, en un lenguaje para él desconocido. Dedica varios años a su desciframiento para finalmente ofrecerlo a los ojos de sus afortunados lectores. Aquí comienza para nosotros la parte más intensa, pues se trata de un diario,

escrito en primera persona, y situado a comienzos del siglo XXI en la ciudad de Rosario, Sinaloa. Dice el personaje narrador:

Aquel día, el 24 de mayo, había reunido a algunos amigos en mi villa de Rosario. Rosario es, o más bien era, una ciudad de México, a orillas del Pacífico, un poco al sur del golfo de California. Me había instalado allí una decena de años antes para dirigir la explotación de una mina de plata que me pertenecía en propiedad. Mis negocios habían prosperado sorprendentemente. Era un hombre rico, muy rico incluso..., y proyectaba regresar dentro de poco tiempo a Francia, mi patria de origen. Mi villa, una de las más lujosas, estaba situada en el punto culminante de un enorme jardín que descendía en pendiente hacia el mar y terminaba de forma brusca en un acantilado cortado a pico, de más de cien metros de altura. Por la parte de atrás de mi villa, el terreno seguía subiendo y, a través de un sinuoso camino, podía alcanzarse la cresta de las montañas, cuya altitud superaba los mil quinientos metros. A menudo era un paseo agradable... varias veces había realizado la ascensión en mi automóvil, un soberbio y potente doble faetón de treinta y cinco caballos, de una de las mejores marcas francesas.



La Ciudad Asilo del Rosario, antiguamente Real de Minas de Nuestra Señora del Rosario, fue el origen de fortunas mexicanas y extranjeras. Punto de confluencia de empresarios y utopistas, de hombres de Dios y hombres sin ley, sus altas temperaturas eran mitigadas por la cercanía del mar y el paso generoso del río Baluarte. Verne no es preciso en su descripción de Rosario, pues no se trata de un puerto. El mar más próximo es el de Mazatlán. Sin embargo, Verne logra que la naturaleza imite al arte. Gilberto Owen, nacido en Rosario en 1904, hará en su novela *La llama fría*, de 1925, un escenario híbrido entre Rosario y Mazatlán, territorios de los nativos que se llamaban, respectivamente, *chupapiedras* y *patasaladas*; Eligió Verne la palabra Rosario por su eufonía o por el conocimiento que pudo tener de esa población a través de sus lecturas? Rosario fue un mineral de gran importancia desde la época virreinal, y aún a principios del siglo xx, los mineros se dieron el lujo de colocar en la parroquia un barandal de oro macizo. De ahí que sea histórica y económicamente verosímil la fortuna labrada por el personaje narrador de Verne. Resulta difícil en este sentido no evocar al utopista e ingeniero Albert Kimsey Owen, que en 1872, a los veinticuatro años de edad, llega por primera ocasión a la bahía de Topolobampo. Al apreciar la riqueza de recursos, la belleza del paisaje, la generosidad del clima, exclama:

Si con la luz del amanecer aparece un canal hondo y seguro entre este mar interno y el Golfo de California, entonces éste sería el lugar perfecto para una gran ciudad metropolitana. En esas aguas, donde ahora no se ve embarcación alguna, un día acudirían barcos de todas las naciones. En estas planicies habitarán familias felices. Acudirán multitudes de asiáticos y australianos que serán recibidas por los europeos que llegaron a su vez desde las costas del Atlántico por el ferrocarril, cruzando las llanuras y las sierras.

El utopista Saint Simon escribió: “Todo el vapor y la electricidad; sustituir la explotación del hombre por la explotación del globo por la humanidad”. En esta frase, señala Jean Chesneaux, se resume el espíritu de los *Viajes extraordinarios* de Verne. Además de las novelas donde hace tal planteamiento, diseminado a lo largo de las aventuras que son el eje principal de sus obras, Verne resume sus ideas de anticipación social en el ensayo *Une ville idéale* (Una ciudad ideal), leído en la sesión pública de la Academia de Amiens del 12 de diciembre de 1875. Y en *Los quinientos millones de la Bégum*

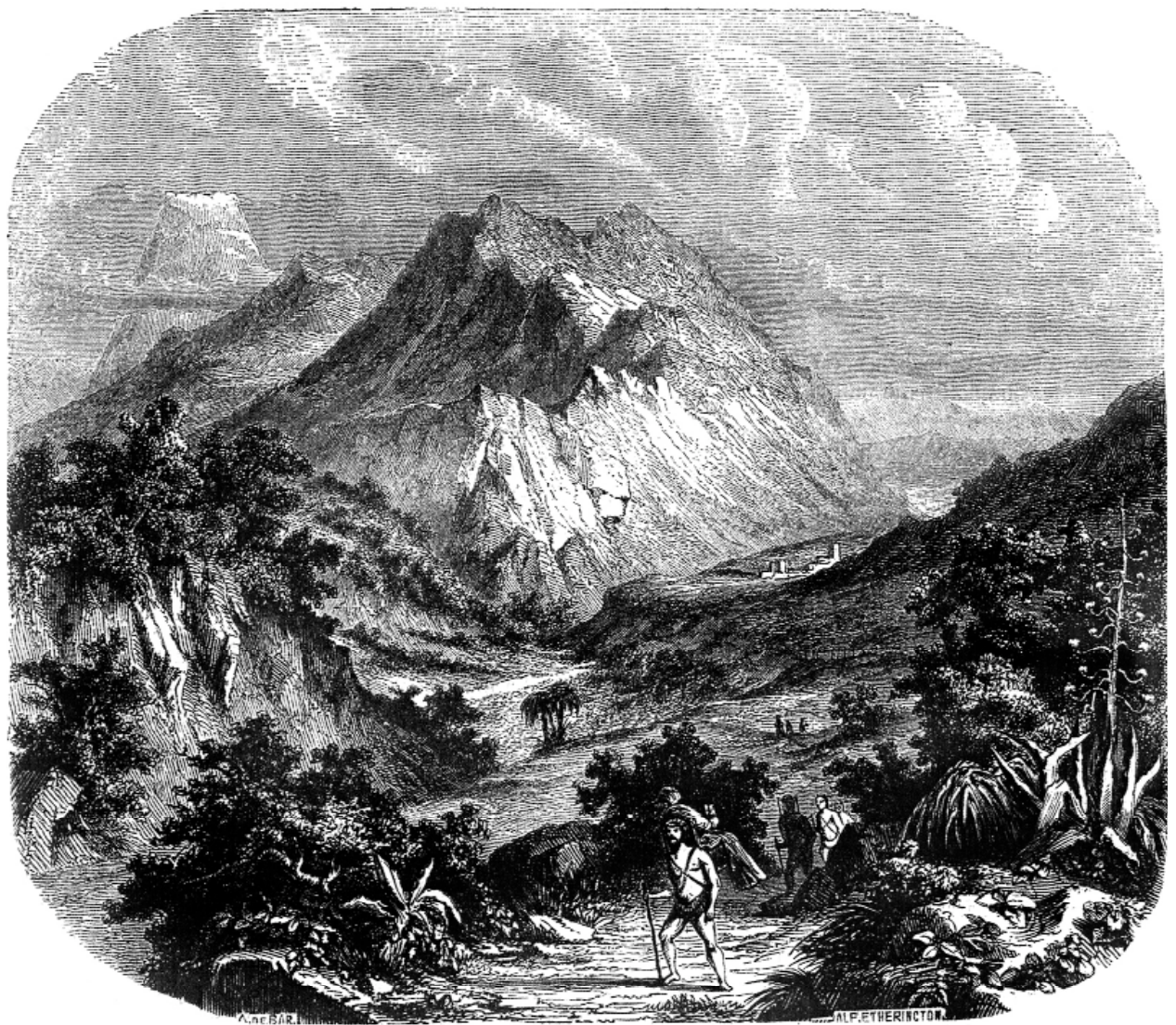


Julio Verne como modelo para el personaje de Pierre Aronnax

soñaba con una sociedad progresista pero advirtió contra los peligros de la desaparición del latín y el griego en los liceos: “la instrucción es puramente científica, comercial e industrial”. Acaso sin quererlo, Verne anticipaba la negación de la importancia de las humanidades en tiempos del neoliberalismo.

La idea de Owen parecía tan descabellada como la de los ingenieros de otras novelas de Verne: crear un ferrocarril que constituiría la gran línea de Asia a Europa vía México y Estados Unidos. Tras arduas negociaciones con gobiernos y empresarios de México y Estados Unidos, en 1886 Owen dio fin a su sueño: se tendieron las vías del ferrocarril y se establecieron los primeros colonos en Topolobampo. Se sucede

Cuando Verne escribe *El eterno Adán*, el automóvil comienza apenas a rodar por las calles del mundo.



Grabado tomado de *Un drama en México*

una larga lista de enfermedades, hambrunas y descontentos. Hacia 1893, la mayor parte de las familias habían regresado a su lugar de origen. Este drama real ha sido examinado por el historiador Sergio Ortega Noriega en el libro *El edén subvertido. La colonización de Topolobampo*.

Si bien *El eterno Adán* no tiene la fuerza de las obras mayores de Verne, su visión desencantada refleja el pesimismo de sus últimos años, debido a dramas familiares y el fantasma omnipresente de la melancolía. Otra autora clásica, Mary Shelley escribió en sus últimos años, y también en difíciles circunstancias anímicas, una novela titulada *The Last Man*, testimonio del último de los sobrevivientes de la raza humana, la cual ha sido aniquilada por una epidemia.

En la obra de Verne que nos ocupa, la situación idílica de la familia francesa que habita Rosario se ve una noche intempestivamente perturbada por un terremoto. Al salir de la casa los personajes se dan cuenta de que el nivel del mar sube con rapidez inusitada. Cuando Verne escribe *El eterno Adán*, el automóvil comienza apenas a rodar por las calles del mundo. El visionario advierte su imperio futuro y monta a sus personajes en un poderoso Renault que los lleva a la parte más alta de Rosario. El agua continúa subiendo, y en el último minu-

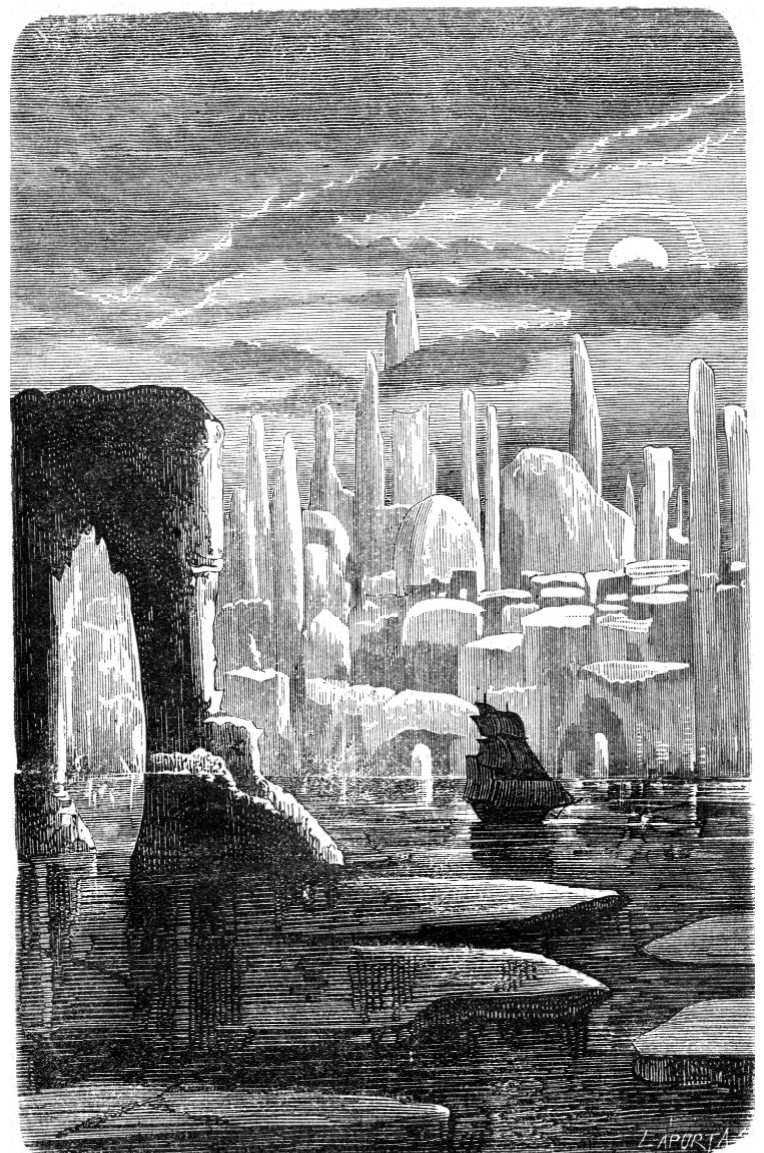
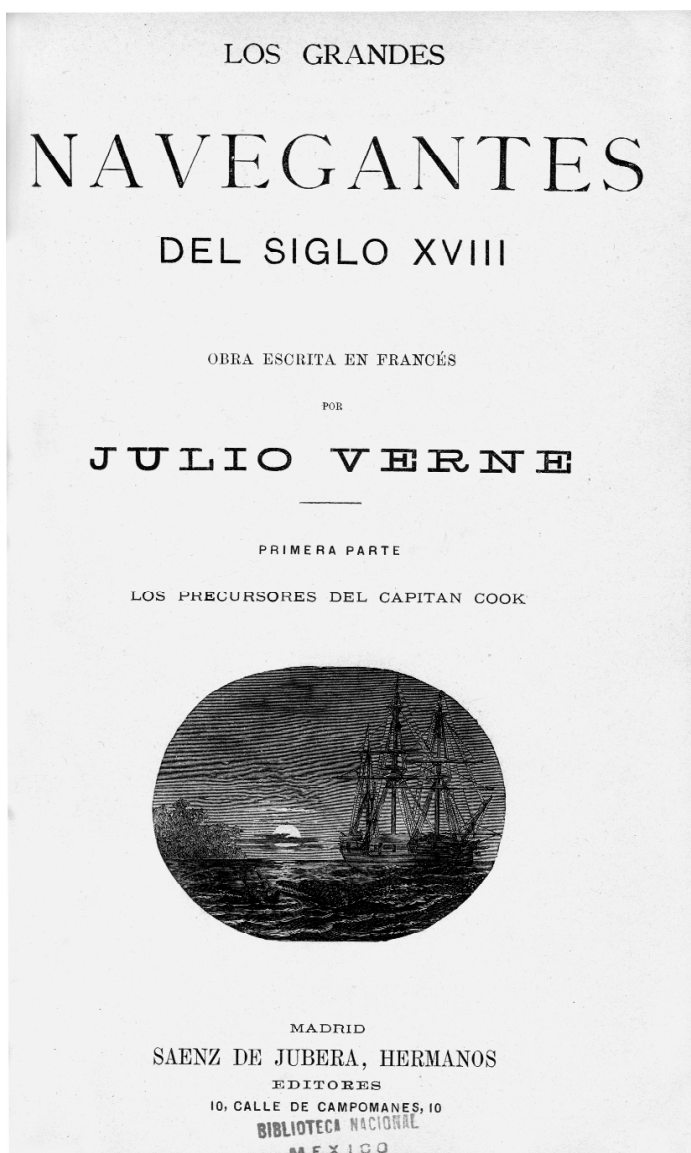
to logran subir a un barco, el *Virginia*, que venturosamente llegaba, y a bordo de él recorren lo que antes era tierra. El narrador debe reconocer: “¡Qué cambio, en el espacio de una corta noche de primavera! Las montañas han desaparecido, todo México ha sido sumergido por las aguas. En su lugar sólo hay un desierto infinito, el árido desierto del mar”. Posteriormente recorren todo el planeta para descubrir que han desaparecido todos los continentes y que ellos son los últimos sobrevivientes de la especie. El mar, ese dominio libre y sin ataduras donde el capitán Nemo hallaba un paralelo para su espíritu anarquista, se ha transformado en inmenso sudario que cubre a los antiguos habitantes del planeta.

De los sobrevivientes, dos son mexicanos: el sabio doctor Moreno y el señor Mendoza, “presidente del tribunal de Rosario, un hombre estimable de mente cultivada, un juez íntegro”. Si en la novela es un temblor de tierra el que altera la vida armónica de Rosario, en otra historia, ésta de la vida real, ocurrida en 1913, un niño del mineral del Rosario, el ya citado Gilberto Owen, dice a su madre: “Creo que va a temblar”. Minutos después comienza un terremoto, venganza simbólica de una tierra vulnerada por varias generaciones de gambusinos, uno de los cuales era el padre del niño Gilber-

Lo cierto es que al articular en sus novelas nombres y escenarios mexicanos, Verne da pie para conversar con él de otra manera...

to. A raíz del terremoto y de la Revolución, la familia Owen Estrada emigra, para iniciar la odisea de uno de nuestros autores que hicieron del viaje uno de los temas fundamentales de su poesía y de su existencia. El terremoto de la novela de Verne —que es en realidad un maremoto de definitivas consecuencias— no puede dejar de evocarnos la pesadilla tangible del Tsunami que, como en la ficción de Verne, a finales de 2004 borró territorios que apenas ayer estaban en nuestros mapas. Creyente en los poderes benéficos de la naturaleza, y en la capacidad humana para utilizarla en beneficio de su especie en la narración *El eterno Adán* ese poder generoso se transforma en maligno.

Los lectores sinaloenses, y particularmente los nativos de Rosario, ostentan el orgullo de que Verne haya elegido la población para situar el principio de su narración apocalíptica. La profesora rosarense Catalina Schneider, que debe haber nacido cuando Verne ingresaba a la inmortalidad, afirmaba, categórica y sabia, que el autor francés se cartaba con una mujer de Rosario. La anécdota propicia un nuevo viaje extraordinario. Lo cierto es que al articular en sus novelas nombres y escenarios mexicanos, Verne da pie para conversar con él de otra manera y establecer el principio de varias historias conjeturales, de nuevos viajes extraordinarios.



Grabado tomado de *Un drama en México*